

rillento de la cocina se veían pasar unas sombras, y á veces llegaba el estrépito de una tapadera de metal que caía sobre las losas. Como sintiese el ruido de las pisadas en el portal, salió la posadera y miró.

—¿Quién está ahí?

Acercóse. Era una mujer gorda y pequeña, de fuertes brazos desnudos:

—¿Quién está ahí?

—Estoy yo—contestó Volvoreta.

Continuó la otra avanzando; curioseó á Sergio muy de cerca, para ver su cara en la penumbra. Dulcificó la voz:

—Buenas noches.

Y después, limpiándose las manos con el mandil:

—¿Es éste tu mozo?

—Es, sí señora.

—Vaya...; por muchos años.

Sergio sonrió y dió un gruñido, saludando para marchar. Sin saber por qué le había molestado aquella pregunta y aquella respuesta. Y mientras se alejaba á buen paso, se dibujó en su memoria el retrato al carbón del señor Abelenda, con su toga solemne y su birrete hexagonal.

XIV

Al día siguiente Volvoreta no fué sola al paseo; acompañábala la moza de Narahío, recia, pequeña, casi cuadrada, picado por las viruelas el rostro, y con reciente olor á los bueyes que cuidaba en los montes de su tierra. Sergio tuvo un disgusto, y aun suplicó á Federica que influyese para que su amiga se quitase el mandil. Pero el mandil tenía un precioso "entredós" y formaba un lazo fastuoso sobre la grupa de la moza, y ella se resistió tenazmente á despojarse de la prenda servil. Alumbrados por el brillante sol de la tarde, bajo las miradas de los vecinos, marcháronse los tres. Sergio contrariado, yendo un paso más adelante que las jóvenes, creyendo que todo transeunte que por casualidad los miraba seguía pensando: "¡Vean al de Abelenda con dos criadas, el muy!..."

Procuró conducir las hacia las afueras. Al

morir el día, como se tratase de volver á la ciudad, pensó Sergio con rabia en su tránsito ante los ojos de la multitud junto á la moza de Narahío, y decidió hacerlas entrar á merendar en un figón que descubrió en los arrabales. La moza de Narahío pidió pasteles; no los había; entonces reclamó una lata de pimientos morrones; le gustaban mucho y tenía formada una alta idea de su distinción. Los comió con pan y bebió una botella de vino.

—La gaseosa—declaró, disculpándose—tira por el flato y no la puedo tomar.

Sergio casi no despegó los labios durante el paseo, ceñudamente preocupado en la contemplación del ridículo. Al despedirse recriminó á Federica:

—Otra vez, si no has de salir tú sola, me avisas. Á la moza de Narahío que la pasee su padre.

¡Se había atrevido á darle la mano al despedirse; una mano sudorosa y dural... Si no estuviese tan indignado, se habría echado á reír.

Después, vagando él solo por las calles, entre el hervidero de la Avenida, bajo las cascadas de luz de los focos, mareado por el bullicio de la ciudad, Sergio se advirtió aislado, empequeñecido, falto de ayuda, y sintió la melancolía trepar por él. Le causó tristeza en

ese momento, hasta que su madre no hubiese ordenado su captura... Á nadie importaba; nadie pensaba en él. ¿Qué hacer ahora en la ciudad, desconocido, inservible, aislado?... Había traído de la Gándara veinte pesetas, todos sus caudales; aquella tarde había gastado dos. Como en la fonda le cobraban diez reales diarios, tenía apenas dinero para vivir una semana. Después... tendría que claudicar, volver á cerrar su maleta y desandar las cuatro leguas. ¡Qué grotesca entrada la suya en la finca!... Llegó á pensar que su madre no quería recibirle. Pero él no volvería así. Primero —lo pensó con lágrimas en los ojos—, primero embarcaba de polizón en un trasatlántico, como había hecho el hijo de Miñoca, y se iba á América.

Poco á poco la animación de la Avenida le separó de sus meditaciones. Encontró un placer en mezclarse entre los grupos, en aspirar el olor á flores de las mujeres que pasaban, en ver cómo la caja llena de luz de un tranvía se acercaba ó marchaba con destellos lívidos de vez en vez entre sus ruedas ó en el trole, en admirar la extensión pulimentada del asfalto, donde la luz de los focos tenía un suave reflejo, en dejarse absorber por la compacta masa humana que iba y venía por la calle Real, brillante como un ascua entre los resplandores

que cruzaban los escaparates de acera á acera.

Inesperadamente una mano se posó en su hombro. Se volvió. Los ojos pequeños y vivos de Amaro Rodeiro lo miraban severamente, casi al través de los grandes bigotes.

—¿Qué haces tú aquí?

Sergio tuvo un sobresalto:

—Nada.

—Ven conmigo.

Siguieron una calle transversal y se detuvieron cerca de los malecones penumbrosos en que el mar chapoteaba.

—Á ver. ¿Cómo fué eso?

Pero el joven había recobrado su entereza, Adivinó en Rodeiro un enviado de su madre. Replicó:

—¡Cómo había de ser!... Que yo soy un hombre ya, é hice lo que debía.

Quiso verter un capítulo de quejas; pero no encontró qué decir. Embrollóse en puerilidades. Rodeiro interrumpió entonces:

—Todo eso es una estupidez. Es preciso que pidas perdón á tu gente. Lo malo es— se retorció el bigote, preocupado—, lo malo es que tu madre no quiere ni oírte. Está furiosa contra ti.

Y luego, como si hablase consigo mismo:

—Y no hay para tanto, ¡qué diantrel!... La moza lo vale, ¿eh?... Yo en tu caso... no sé...

Sergio declaró, envalentonado:

—No volveré á la Gándara. Si ustedes me llevan, escaparé otra vez. Me iré á América.

—Tú no eres más que un majadero. ¡América!... ¿Qué ibas á hacer en América, desdichado?...

Sergio no sabía qué hacer en América y calló. Más sumiso, fué contando dónde se albergaba y cuánto dinero tenía. Rodeiro le preguntaba secamente. Al fin le despidió:

—Ya veremos lo que puedo hacer, mientras no se dulcifica tu madre. Quiere que la vida te dé una lección, y hace bien. Pero no es cosa de dejar que te mueras de hambre. Ven á verme todos los días. A la una y media salgo del despacho. Espérame á esa hora. ¡Valiente lío has venido á armar tú!...

Y se marchó, con un gesto de disgusto. Abelenda fué, en lo sucesivo, á esperarlo á la puerta del viejo caserón donde funcionaban las oficinas de Hacienda. Al tercer día le dijo Rodeiro:

—Tu madre no quiere saber de ti, y le sobra razón. Tengo seis duros que te manda tu hermana, pero no te los doy; pudiera ocurrir que los gastases en tonterías. Serán para la dueña de la fonda.

La suerte del joven le preocupaba. Gruñía delante de él, frecuentemente:

—¡Si pudiese encontrar para ti algún destino!... Pero está tan mal esto...

Sin embargo, antes de que la semana transcurriese pudo brindarle una ocupación. Fueron juntos á visitar á Rosales, y Rodeiro presentó á su protegido:

—Aquí está el cristiano de quien le hablé: un mozo despierto, que ha de dejarme quedar bien.

Rosales lo miró apenas:

—Créame, Rodeiro, lo admito por ser usted el recomendante; pero no estamos en condiciones de hacer aumentos en la nómina. Aquello no marcha todo lo bien que debiera. La gente es así: se pasa la vida clamando por alguien que la defienda, y cuando surge un Quijote le vuelve la espalda. Este es un país muerto, querido; no hay salvación. Si no fuese por los compromisos que uno ha aceptado locamente, yo me había retirado ya á mi casita y mandado á paseo á todo el mundo...

Rodeiro ponderó:

—De este muchacho no tendrá usted quejas que darme.

El periodista se detuvo en sus paseos por el gabinete:

—¿Trabajó ya en otros sitios?

—No; no ha trabajado; la verdad...

—¡Mejor, caray!; prefiero gente nueva; así

la forjo á mi gusto. En cuanto vienen de hacer una gacetilla en cualquier papelucho no hay quien los aguante. Bien; pues que vaya mañana por la redacción á las cinco, y charlaremos...

Al salir, Sergio oyó, estupefacto:

—Ya lo sabes; mañana, á las cinco, en la redacción de *El Avance*. Hete aquí hecho un periodista.

Y ante el susto del joven, Rodeiro rió de buena gana:

—No hay otra cosa, chico; aún tenemos que bendecir nuestra suerte. ¿Qué? ¿No te agrada eso?

Sí, le agradaba, pero sentía un gran temor; asustábale el exceso de prestigio del cargo y el misterio que sospechaba él tras la palabra "periódico". Rodeiro le tranquilizó: ya se iría enterando; la labor de él no podía ser más fácil: recorrer los centros oficiales en busca de noticias que ni aun tendría que redactar. Poco trabajo. Verdad era que también daban poco dinero: diez duros: El resto, hasta reunir lo preciso para la fonda, se lo daría el propio Rodeiro, mientras no se ablandaba doña Rosa. Y ¡qué diablo!... entrar así, en un periódico, no era cosa baladí, ni mucho menos. El periodismo es una escala... siendo avisado... Podía citar él centenares de personas que habían conseguido altos puestos, hasta la celebridad,

escribiendo para la Prensa. Todo consistía en saber manejarse. Sergio era joven, no era tonto... podía hacerse un porvenir.

—Yo creo que tu madre se pondrá muy contenta.

Veinticuatro horas después, Sergio Abelenda era gacetillero de *El Avance* y ocupaba un puesto en la larga mesa común.

El Avance era redactado casi todo él por la noche. A las diez en punto, don Agustín Rosales entraba en su despacho, y poco después sonaba imperioso el timbre en demanda de café. Don Agustín no escribía nunca; pero ingería pasmosas cantidades de café para tener despierta la inspiración en caso preciso. Su principal labor era poner títulos y apostillas á los trabajos de sus redactores. Un telegrama, por ejemplo, en que se reproducían las declaraciones de un ministro, lo encabezaba con este epígrafe: "Palabras, palabras y palabras"... Si era una simple noticia local en la que se contaba cómo un marinero borracho había golpeado á su mujer, don Agustín, tras leerla con escrúpulo meditativo, trazaba debajo, sumariamente: "¡Lástima de cárcel"... A veces era aún más compendioso. Escribía: "¡Bestial"... Los lectores de *El Avance* sabían

encontrar la sabia mano de Rosales en estas filigranas, y la admiración hacia el terrible polemista crecía.

Dos eran los redactores del periódico: Muñiz, que era el literato de la casa, y Prego, que escudriñaba durante el día los periódicos de la región, y por la noche se encorbaba sobre los telegramas, siempre mustio, siempre callado, con las solapas sucias, con los ojos enrojecidos... Era un republicano de corazón; había hecho promesa de andar de luto hasta que volviese el régimen de la democracia, y las pocas veces que dejaba oír su voz era para hacer citas de Nakens y de Alfredo Calderón; su espíritu no podía soltar esas muletas. Despreciaba á Muñiz por banal y culpaba á Rosales de comedimiento. No había escrito más que un solo artículo, titulado "¡A la lucha!", en el que excitaba á los hombres de ideas avanzadas á una actuación violenta; ofrecíase á morir el primero en las barricadas y opinaba que "era preciso correr si no se quería llegar tarde", porque á él le constaba que España hallábase agonizante bajo la tiranía y la concupiscencia. De este artículo nadie le habló jamás, y su amargura se acrecentó desde entonces, inconfesadamente.

Muñiz simpatizó en seguida con Sergio. Muñiz firmaba con el galano seudónimo *Juan*

del Lirio. Sergio, al enterarse, se admiró: ¿era Muñiz *Juan del Lirio*?... Él había visto esa firma muchas veces y admirado sus divagaciones preciosistas, y hete aquí que este joven vestido con afectación, grueso y con los ojos abultados, era auténticamente *Juan del Lirio*... ¡Quién iba á suponer!... Muñiz lo envolvió en su protección. En su primera charla aseguró que él era, positivamente, el escritor regional que con más lectores contaba. Después, ya puesto en el camino de las confidencias, no tuvo recelo en afirmar que su sentimentalidad le daba un gran partido entre las mujeres.

—Y, mire usted, debe ser mi sino: todas me tocan histéricas. Cada amor mío es una novela de refinamientos y de exaltaciones. Figúrese: ellas histéricas y yo histérico también...

—¡Ah!—balbuceó Sergio, sin comprender, en tono de condolencia ante el mal—; ¿usted también es histérico?

—Histérico; sí—aseguró, resignadamente, Muñiz.

Continuó. Ahora estaba en relaciones con una estupenda mujer, que tocaba el piano vestida con una bata de encaje y con lazos azules en los muslos. A lo mejor interrumpía la ejecución, vertiendo lágrimas, y se abrazaba á él, pidiendo que le jurase que morirían juntos.

—Ya ve usted; esto es terrible.

Pero tenía otras dos... Era para no acabar la historia.

—Y luego, como yo soy así... tan pasional... ¿Vió usted ese cuadro que hay en la dirección, una matrona que simboliza la República? ¿No se fijó usted en que tiene un pecho desnudo?... Pues yo, amigo mío, no puedo mirar para ella apaciblemente. Ya le he pedido á don Agustín que lo mande repintar para ocultarlo...

Á la una de la noche Muñiz se marchó con el director. Sergio, sentado en su silla, después de leer todos los periódicos que se amontonaban en la mesa, comenzó á sentir sueño. La redacción estaba en un silencio profundo; rasgueaba, incansablemente, la pluma del triste autor de "¡A la lucha!" Llegó la canción de un borracho. Después toda la casa se llenó del ruido de las máquinas, que comenzaban á tirar las primeras planas del periódico. Y aquel ruido, constante é igual, un poco amortiguado por los tabiques, acunó á Sergio y lo durmió.

Pero despertó al sentirse sacudido. Pregó le miraba, fríamente, con sus ojillos rojos:

—Dé una vuelta por ahí, antes de que cearemos, á ver si ha ocurrido algo.

El joven se levantó, ruboroso por su falta:

—¿Qué debo hacer?

—Vaya á la Delegación de Policía. Todas

las noches es preciso hacer eso á las dos.

Envolvióse Sergio en su gabán y salió. Una fuerte ráfaga le abofeteó en la puerta. La calle estaba en una completa oscuridad; cuando los calendarios anunciaban plenilunio, y aun en los primeros días de cuarto menguante, el municipio apagaba las luces después de media noche. Pero la luna se había puesto ya ó los nubarrones la ocultaban; y así la calle estaba sumida en una negrura amedrentante. Sergio, sobrecogido, se arrimó á una jamba. Llovía misteriosamente entre las sombras y en todos los alambres silbaba el viento con angustiosos quejidos. En una y en otra acera, las azules llamitas de gas de los faroles, no totalmente extinguidas, temblaban, tan sutiles y tan tenues, que parecían ir á morir. Y eran como fuegos fatuos que fuesen en procesión entre la noche... El rumor del mar agitado se advertía en toda la ciudad, y el viento parecía traer el olor y la humedad de aquellas olas que su misma furia hacía estrellar contra los malecones, en una explosión de espuma... Sergio sintió miedo; miedo á lo sobrenatural que podía existir cabalgando en las rachas, ó agazapado en las tinieblas, ó gimiendo en los hilos telefónicos; miedo también á las historias de perversidad que había oído referir acerca del pueblo en la paz aldeana: el ladrón audaz, el ase-

sino siniestro, el vagabundo impío... Suponía él una legión de malhechores deslizándose cautelosamente en la sombra propicia y asaltando con el puñal en la mano aquellas casas silenciosas, como ocupadas por difuntos, perdidas en penumbra... Esperó de un momento á otro oír entre los aullidos del temporal el grito de agonía de una voz humana... Y se apretó más contra la puerta...; no se atrevió á marchar. Esperó. El agua de la lluvia corría por su rostro; el miedo lo sujetó, empujándole hacia el quicio con su mano fuerte y helada... Cuando pasaron veinte minutos entró. Prego le interrogó, friamente:

—¿Ocurre algo?

—No.

—Pues márchese.

Sergio vaciló. Pudo encontrar una disculpa con que encubrir su pánico:

—Está lloviendo á mares.

Se tendió en el largo diván, y el constante y lejano runrún de las máquinas volvió á dormirle.

Al anochecer solían verse los enamorados. Atravesaban la amplia plaza é iban hacia los andenes que orillaban el mar. Alzábase la ciudad en una península, y á uno y otro lado las aguas formaban dos senos: en el mayor y más resguardado agolpábase todo el tráfico marítimo: grúas chirriantes, malecones ennegrecidos por el carbón, muelles laboriosamente asentados entre las arenas, y sobre el mar las lucecitas de los grandes buques y el cabeceo continuo de las lanchas, que, cuando se movían al impulso de los flexibles remos, eran como un enjambre de moscas de río, yendo y viniendo y entrecruzándose en la vastitud de la bahía.

La ensenada que al lado opuesto de la ciudad abría su semicírculo rocoso, apenas tenía otra utilización que la veraniega de los baños. En las demás estaciones quedaba en el aban.

dono y en la soledad. Desaparecían las alegres banderas de los mástiles pintados; encerrábanse, desarmadas, las casetas de lona; el mar, hinchado por los vientos del Noroeste, batía obstinadamente, un mes y otro mes, en los cantiles y en la mampostería del andén. Hoscos edificios—una fábrica, un convento, después las tapias de un solar, casitas humildes de mareantes—daban su espalda á las olas, que á veces escupían sobre ellos su espuma. Ni una luz, ni una ventana que dejase resbalar un resplandor hasta la arena. Y en la arena, á veces, una vieja barca cansada, quilla al sol, dejándose rellenar de estopa sus grietas y acariciar por las brochas alquitranadas, con la misma complacencia perezosa de un animal espulgado por su dueño.

Los novios caminaban por el andén. Al embocar, el enorme raudal de aire libre llegado de lo infinito, bravo aún, todo saturado de olor á mar, la ráfaga inmensa que venía de silbar en los palos de un bergantín, de estorbar la marcha de un trasatlántico, de arrugar el océano en olas formidables, de guiarlas después, corriendo ante ellas y sobre ellas, hasta los cantiles y las playas, los envolvía, los empujaba, en prisa por entrar en la ciudad y asaltar las calles en un revuelo de papeles viejos y en un susto repentino de las galerías,

que temblaban, y de las muestras, que comenzaban á oscilar en el dintel de los comercios. Después, el estruendo de las olas que venían entre las tinieblas, desmoronadas ya por su choque contra los bajos, rodando sobre sí mismas, misteriosas, invisibles, en toda la longitud de la playa... Este ruido acompañábase como una amenaza continua. En un extremo del andén, cerca de un bosquecillo de pinos jóvenes, se sentaban, y les parecía quedar aislados de todo, en aquella sombra densa, bajo la grave admonición del mar. Á veces, el ascua del cigarro de un carabinero vigilante les alarmaba en su refugio escondido. Á veces también, el rumor de los arbustos les hacía evocar la fronda de la Gándara ó los bosques plácidos de Dumbria. En un lejano promontorio, en la boca de la ensenada, la linterna del faro parecía morir por instantes. Temblaba su reflejo, como una flecha de oro, en el mar, y se veía el largo brazo de luz ir recorriendo lentamente los cuatro puntos cardinales. Cuando llegaba á ellos el fuerte haz luminoso, se separaban cohibidos, instintivamente, como si fuesen descubiertos por un severo ojo vigilante que desde un agujero abierto en el cielo negral, hiciese la centinela de las malas acciones humanas en el desamparo del mar y en el desamparo de las sombras terrenas.

Y este mismo vago temor les sobrecogía largo tiempo, deliciosamente; pasaban á veces siluetas calladas, otras parejas de enamorados que se ocultaban en la noche y á las que sólo se advertía por el crujido de la arena en el andén; se veía la lucecita remota de un barco cruzar, rayando las tinieblas... En ocasiones, se alzaba la espuma de una ola cerca de ellos, como un fantasma blanquecino, y caía después con el son de una fuerte tela desgarrada. Entonces huían, entre amedrentados y rientes, como si hubiesen visto al océano asomar una mano robusta y ávida sobre los malecones para llegar junto á ellos, apresarlos y sumirlos después en su hervor.

—¡Nos va á alcanzar!...

Y corrían, cogidos de la mano, con una angustia que era al mismo tiempo placer... Y cuando las luces de una calle herían sus ojos, se admiraban secretamente de encontrarse ya en la ciudad, tranquila junto á aquella furia cercana.

Las inquietudes de Sergio no desaparecieron totalmente con su presencia en la capital; en más de una ocasión despertaban sus celos ciertas observaciones que él agigantaba. Alguna vez Volvoreta no estaba en casa al ano-

cheer, y aparecía, tarde ya, justificándose con la busca de ocupación. Pudo sorprenderla en coloquio con un sargento, y, por último, después de una labor de investigación que realizó para averiguar el origen de una peineta de celuloide que apareció un día entre los rubios cabellos de Federica, logró saber que se la había regalado un mozo vecino con quien solía charlar. Sergio se enfureció y aun dedujo de esta conducta de Volvoreta amargas máximas filosóficas acerca de la condición de las mujeres. Con ansia de batir al enemigo en su propio terreno, fué poco á poco comprando para ella estupendas joyas en los comercios que poseían brillantes al boro y piedras americanas. El anillo de cobre que lucía aún en la mano de la moza fué sustituido por una intachable esmeralda de dos pesetas; Federica tuvo, por el mismo procedimiento, fastuosos pendientes de amatista, un *pendentif* de platino y brillantes, y un imperdible que simulaba un lagarto, con los ojos formados por dos rubíes. Total: nueve pesetas y cincuenta céntimos. Federica daba brincos de alegría ante cada nuevo despilfarro del novio, y los domingos iba como una india, toda llena de cristales de colores engarzados en latón. Pero era feliz.

Una noche, en la cocina de la posada se

trató de ir á un baile. Era carnaval; llovía, y Sergio había entrado, después de la repetida invitación de la hospedera. Un campesino borracho de aguardiente dormía sobre las losas, con la chaqueta enrollada bajo el cráneo, teniendo aún pegada á los labios la negruzca colilla. Dos mozas recién llegadas á la ciudad, mustias y silenciosas, contemplaban el fuego desde un rincón, pensando quizás en sus hogares de la montaña. La joven de Narahío mondaba ligeramente un montón de patatas y las dejaba caer en un balde de cinc. Propuso la posadera, ordenando los leños bajo el tripode:

—Lo que debíais hacer era ir al baile.

La moza de Narahío suspendió su labor:

—También es verdad, señora. Pues por mí que no quede.

Volvoreta rió; las rapazas del rincón siguieron mudas. Entonces la posadera cruzó sus manos sobre el vientre deforme:

—¡Válgame Dios, qué juventud está!...

Increpó á las del rincón:

—¿No vos da vergüenza, soiniñas?... ¿Qué vades vos á buscar á la América, coitadas?... Quisiéralo saber. Á vuestros años no había baile ni romería donde yo no estuviese.

La de Narahío apartó el balde de sí, arras-trándolo con estrépito sobre las losas:

—¡Vamos nosotras, porral... ¿Qué tenemos que ver con ellas?

Y se puso en pie como si ya fuese á partir para el baile. La posadera se echó á reír, haciendo temblar la blanda masa de sus pechos. Idearon el disfraz y requirieron á Volvoreta para acompañarlas. La joven se negó tibiamente, con cierta envidia hacia la dichosa independencia de las demás. Al despedirse, aclaró Sergio:

—Supongo que no te dejarás convencer. ¿No irás al baile?

Y ella, con brusquedad de incomodo:

—¿No me has oído decir que no iré?...

Sin embargo, Sergio no pudo desechar la celosa inquietud. Á las doce se escapó del periódico y fué al baile. La luz de los focos parpadeaba sobre las puertas del teatro; un hombre ebrio, disfrazado con un tieso y crujiente impermeable de pescador, canturreaba inmóvil, resignado á no poder separarse de la pared, en la que se había apoyado. Era aquel un baile público, en el que los arrabales volcaban sus legiones de mozos inciviles y la ciudad sus mujerzuelas y sus jayanes. Una mezcla de cargadores del muelle y de señoritos devotos de la crápula fácil. En los pasillos se alineaban, detrás de sus cestas, las vendedoras de naranjas y de refrescos gaseosos: una

murga atronaba todo el ámbito. Pero los gritos, los zapatazos, los rugidos de la muchedumbre eran más poderosos que el estrépito musical. Sergio se detuvo en la entrada del patio, sobrecogido por cierto temor. Le pareció haberse asomado al infierno, tal y como Don Miguel lo describía en los sermones de la misa dominguera. Cada ser humano era un energúmeno, cada boca un grito, cada brazo un aspa, y en todos los rostros había llamardas del incendio de alcohol. Á veces un grupo de gente se extendía como una cadena, trabada por los brazos—cincuenta, sesenta locos—, y brincaba desaforadamente sobre el tablado, haciéndolo cimbraer, con un ruido como si todo el teatro se derrumbase. En los palcos se habían guarecido mujeres que llevaban un mantón de Manila ó un traje escotado; la turba que llenaba el salón lucía disfraces de una arbitrariedad nauseabunda; algunos eran sencillamente colchas llenas de lamparones; otros, ajados trajes de campesinos; otros, capuchones desgarrados que aún conservaban el lodo por donde los había arrastrado la máscara que lo alquilara en la fiesta anterior; ciertos bailarines se habían contentado con ponerse la americana con los forros hacia afuera; en muchas caras, el hollín había sustituido á la careta, y entre la negrura abrillan-

tada por el sudor, los ojos y los dientes lucían una aguda ferocidad. Y todo estaba envuelto en una niebla de polvo y de humo y de vaho vinoso de dos mil bocas, que atenuaba la luz de las lámparas; y olía á vómito y á sudor agrio de cuerpos sucios y á la miseria que aquellas gentes dejaban en sus chozas de los arrabales y en sus casitas del barrio de pescadores, y á las esencias baratas del tocador de las mujerzuelas...

Sergio pensó en marchar, pero se sobrepujó su ansia. Cuando pisó el salón rompía á tocar la murga, y se vió repentinamente envuelto en el ir y venir atropellado de las parejas. Fué empujado, prensado, pisoteado; le pareció que iba á ahogarse é intentó salir; pero lo rechazaron hacia el centro del patio, y allí quedó, un poco más en calma.

Entonces se dedicó á escrutar las mujeres. Vió pasar á la posadera con un solo trozo de antifaz sobre la cara envejecida, imponente con la doble ampulosidad de sus carnes y de una sábana flotante; llevaba en las manos un soplillo de mimbres y se abanicaba con él, á la vez que se dejaba remolcar al compás de la danza por un hombre macilento, huesoso, que clavaba los dedos engarabitados en la espalda de la posadera y dejaba caer el cráneo casi sobre el succulento cogote de su conquista, en

una traza que podía ser de lujuria ó de hambre avivada por tanta y tan próxima carnosidad.

En una joven que entrevió bailando con alguien que llevaba un disfraz de labriego creyó descubrir á Volvoreta: la misma estatura, el mismo pelo del color de la miel... Luchando á codazos entre el gentío intentó seguirla. Se extravió, injurió á un marinero que le había aplastado un pie, enredó los botones de la americana en el fleco de un mantón... Quiso volver al centro del patio y no pudo lograrlo. Cuando cesó la música lanzóse en descubrimiento de la máscara sospechosa. La encontró entre un tumulto; el labriego se la había echado á la espalda, como quien carga un saco, y daba torpes brincos. La mujer agitaba las piernas en el aire, chillando y riendo. Al fin logró desprenderse. En la parte que la careta dejaba ver del rostro del rufián, entre la barba, sin rasurar, corría el sudor en gotas. Sergio, ceñudo, contempló á la muchacha; no era Federica: más gruesa, más alta, con una voz chillona... No era.

Y corrió detrás de todos los cabellos rubios y de todos los cuerpos de talle análogo al de la novia. Veinte veces le pareció divisarla, y otras tantas se convenció de su error. Subió los diversos pisos del teatro. En los pasillos,

ocupados por mesas, se cenaba bulliciosamente. Arriba ya, en los corredores que llevaban al paraíso, había apenas doce ó quince parejas misteriosas. Ellos, hombres casados ó jóvenes enemigos de la turbamulta; ellas, tal vez criaditas recatadas, modistas aventureras ó entretenidas infieles. Cuando alguien subía hasta el corredor había una misma actitud de disgusto y de azoramiento en las parejas; se cuchicheaba; las caretas no se separaban ni un instante de la faz... Los distraces eran igualmente meticulosos: "viudas", "dominós", una "doncella", una "Colombina" con medias de lana roja y peluca color canario...

Muñiz pasó con una mujer hinchada, monstruosa, que se balanceaba bajo su capuchón al andar, como si fuese un globo pleno de hidrógeno que estuviese á punto de desprenderse del suelo. El periodista la abandonó un momento para acercarse á su amigo:

—¿Va á ir al diario? No diga que me vió, ¿sabe?

Después, bajando la voz:

—Es una mujer estupenda, ¿eh?... Fijese qué pechos.

—¿Histórica también?

—¡Ay amigo!... Perdidamente... ¡La peor, la peor!... Ya se lo contaré mañana.

Y huyó á brinquitos. Sergio no le envidió.

Le había parecido una anciana la amiga de su compañero. Cuando quiso comprobarlo, otra máscara le volvió á su obsesión primera. Ahora se trataba de una "viuda", que al pasar había clavado en él sus ojos verdes. Ésta podía ser... seguramente era... Hasta juraría Sergio que advirtió en ella un movimiento de sorpresa, y que la había visto apretar más fuerte el brazo de su galán. Les cortó el paso y la miró con ansia. Ella entonces sujetó con la mano enguantada la barbilla del antifaz. Descendieron las escaleras. En el piso inferior los distanció el gentío. Aún pudo ver la cabeza del acompañante de la máscara sobresalir entre un grupo. Luego los buscó inútilmente. Subió, bajó, se internó en el salón, escrutó en los palcos, persiguió á otras mujeres vestidas de negro... Nada vió... La moza de Narahío, sin careta, pequeña y redonda, encendida con el buen color montañés, bailaba una jota sin música entre las cestas de fruta, en el desfreno de la dinámica. Abelenda la llamó:

—¿Viste á Federica?

—No—respondió ella, limpiándose el copioso sudor.

—Di la verdad: ¿vino Federica?

—No. Págueme una naranja.

—Mira—amenazó Sergio, con toda la rabia acumulada aquella noche—, como yo descu-

bra que ha venido Federica, á la posadera y á ti os pateo como á odres. Ya lo sabes.

Y se dirigió á la puerta para marchar. La de Narahío quedó un momento confusa; pero después corrió tras él, indignada:

—Oiga... ¿Á quién va á patear usted, señorito esfamiado?... ¡Atrévase, que me basto yo sola para escorrentarlo!... ¡Lampantín!...